



PARTE DE GUERRA
DIARIO UNA PANDEMIA

Juan Julián Herraiz

PARTE DE GUERRA
DIARIO UNA PANDEMIA



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Julián Herraiz

ISBN: 978-84-18958-56-4

ISBN digital: 978-84-18958-57-1

Depósito legal: M-31704-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Elba.
Mientras la esperábamos.*

DÍA 9. 23 de marzo.

Mi cumpleaños

Finalmente me he decidido. Llevaba varios días pensándolo porque me obsesiona el recuerdo de *El diario de Ana Frank*. No cabe duda de que son tiempos de guerra. Lo que pasa es que no creo que lo que escriba le interese absolutamente a nadie. Todos mis contemporáneos están viviendo una situación parecida a la mía. Y he decidido que lo que escriba va a ser absolutamente autobiográfico y que no lo voy a modificar cuando lo relea para corregirlo. No quiero hacer trampas.

Seguramente no me va a servir para nada porque no creo que lo pueda vender. Hasta es posible que nadie lo lea. Lo escribiré de todos modos. Por lo menos para que mi nieta, tú, que nacerás probablemente a primeros de junio, sepas, cuando seas lo suficientemente adulta para entenderlo sin que te haga mucho daño, las extrañas y difíciles circunstancias en las que viniste al mundo. Elba —que así te vas a llamar—, podrás saber de primera mano la historia, *tu* historia real o, mejor dicho, la his-

toría real de tu madre y tus abuelos mientras esperaban tu llegada.

Estamos confinados. Llevamos así desde el día 15 por la mañana, una vez que el 14 sábado el presidente del Gobierno Pedro Sánchez anunció por televisión el estado de alarma —una situación prevista en la Constitución para momentos especialmente delicados—, y que ayer se anunció que se prorrogaría hasta el 15 de abril si, como es previsible, el Parlamento lo autoriza.

Nosotros estamos viviendo en Roquetas de Mar. Luego te explicaré por qué. Vivimos en la casa de mi hija Lorena —tu madre— ella, mi mujer Eli —tu abuela— y yo mismo. ¡Ah! Y Lola, una fox terrier tricolor que espero que viva lo suficiente como para que ambas podáis disfrutar la una de la otra, para la que tampoco son buenos tiempos.

Hoy cumpla los años. 62. Tampoco para eso son buenos tiempos. En el primer parte de guerra en el que el Gobierno ha detallado las edades de los fallecidos por el coronavirus, de 800 fallecidos 63 tenían entre 60 y 70 años. Me imagino que las posibilidades que tengo de morir por ese bicho son pequeñas. A saber: primero porque en Almería hasta ayer la tasa de contagios era de ocho por cada 100.000 personas aproximadamente, es decir, 53 personas, porque los fallecidos son dos y porque me protejo todo lo que puedo en cada una de las salidas que hago —por mí, pero sobre todo por todos y especialmente por tu madre (y por supuesto por ti), cuyo embarazo hay que cuidar a cualquier precio y por encima de todo—.

He recibido algunas llamadas por mi cumpleaños. Mi hija Tania —tu tía— desde Madrid, mi hermana desde Sotos —Cuenca—, entre otras, y también de Emilia, nuestra amiga y vecina de Cuenca a quien tantas cosas tenemos que agradecer.

Me han tenido que llamar al teléfono de tu madre o al de tu abuela después de intentar llamarme al mío varias veces para felicitar-me.

¡Cómo me pueden pasar estas cosas! A veces creo que solo me pasan a mí. He aprovechado la necesidad de ir a comprar —pan, agua, leche, cervezas, fruta...— para acercarme a mi casa —mi segunda casa, en la avenida de La Legión Española, a unos 800 metros de la casa de tu madre, donde vivimos, en la calle Santa Marta— y traer alguna comida que nos dejamos allí antes de venirnos definitivamente. He aprovechado para arrancar el coche intentando evitar que se le descargue la batería y para regar las plantas. He dejado el móvil encima de la mesa del salón para ir mirando las cosas que tenía que recoger y que tenía en él apuntadas. Y allí se me ha olvidado, encima de la mesa. Precisamente hoy. No es que me importe mucho vivir sin él, pero parece que nos hemos acostumbrado a llevarlo siempre, así es que lo peor es que tengo que volver a recogerlo.

Estoy estudiando la estrategia para recuperarlo. Primera posibilidad: llevarme a Lola de paseo como salvoconducto —por si me para la policía—; si lo hacen antes de la mitad del camino puedo decirles que he salido a que haga sus necesidades y si lo hacen después puedo decirles

que vivo allí. Total, en mi DNI la dirección que figura es la de Cuenca. Inconveniente: me pueden parar cuando vaya por la mitad del recorrido y será difícil de justificar que saco a pasear a mi perra a 400 metros con todo el campo disponible para ella sola para hacer pis.

Otra posibilidad es ir a comprar otra vez. Creo que no merece la pena. Hemos llegado a la conclusión de que es el momento en que corremos más riesgo de contagio. Por eso cuando hay que comprar poco, voy yo a una tiendecilla del barrio. Bajo a la planta menos dos, cojo el coche de tu madre —aprovechando una de las salidas de Lola y tras devolverla a la casa—, llego a la tienda, aparco, me pongo los guantes, saco el carro del maletero, hago la compra y salgo. Tiro los guantes, me lavo con la disolución hidroalcohólica que llevo en mi bolso, abro el maletero y guardo el carro de la compra, cierro, me vuelvo a lavar y subo por fin al coche.

Cuando hay que comprar una compra grande y comida para una semana como mínimo —mañana será el primer día—, es tu abuela Eli la que va a hacer la compra dado que yo soy un inútil total. Ya me lo dijeron cuando en el año 77 del siglo pasado, cuando la mili aún era obligatoria, alegué que tenía los pies planos para evitarla.

Sobre lo de ir a comprar otra vez para recuperar mi móvil hay otra variante: esperarme hasta que necesitemos de verdad volver a hacer una compra pequeña y quedarme sin móvil hasta entonces. Creo que no lo voy a necesitar a pesar de mirarlo ahora más que nunca, probablemente entre 50 y 100 veces cada día.

No sé cómo lo resolveré.

Entre tu madre y la abuela me han hecho una tarta de manzana para celebrar mi cumpleaños. También me han cantado el «Cumpleaños feliz». Como no tenían un 6 —sí que tenían un 2— han tenido que aprovechar un 5 colocando a su lado otra vela pequeña simulándolo hasta poder completar el 62. Ya lo comprobarás por ti misma, pero las dos son muy apañadas. No saben cómo se lo agradezco. Lo de la tarta, además de todo el resto de las cosas que hacen por mí.

DÍA 10. 24 de marzo.

Parte de guerra

En realidad aunque llevamos confinados desde el día 15 hace mucho tiempo que algo como esto podría haberse previsto. Concretamente yo intuía algo así allá por el 26 de enero.

Tu abuela y yo fuimos ese día desde Cuenca a Madrid para llevarle algunas cosas a tu tía Tania. Después de descargarlo todo y saludar a Otto convenientemente —se me olvidaba: Otto es el perro de tu tía del que luego te hablaré—, dimos un paseo por Usera, el China Town de Madrid, donde alguien dijo que vivían sobre 65.000 chinos.

Los chinos celebraban aquel día su Año Nuevo con desfiles llenos de dragones y de color, pero ya con alguna mascarilla y con la tristeza y la nostalgia de saber que sus paisanos, compatriotas y familiares de Wuhan estaban ya confinados por el coronavirus. El día estaba precioso para ir de paseo. Íbamos nosotros dos, los dos perros, Tania y su novio David. ¡No sabes cómo añoramos hoy

cosas tan sencillas como aquel paseo!

Lo cierto es que aquel día en China ya iban 25 muertos y yo pronostiqué —en mi línea habitual de hacer cálculos— que en dos semanas se multiplicaría por seis el número de muertos. La verdad es que no sé hasta qué punto acerté o estaba equivocado, pero es posible que mis miedos se quedaran cortos visto lo visto. Ellos, con su régimen comunista y su disciplina, a día de hoy, y de momento, tienen controlada la epidemia. Nosotros, con nuestra democracia y nuestra inconsciencia —habitual—, no sé cuándo la controlaremos.

Como sabes, he sido profesor de Historia hasta mi jubilación. Es por ello quizás por lo que tengo guardados en mi mente datos que mucha otra gente no tiene por qué tener. A raíz de todo esto me obsesiona la idea de la peste. Imagínate. Siglo XIV. Cada ocho o diez años y de manera recurrente la peste negra mataba a gran cantidad de personas. 1348 debió ser un año terrorífico hasta cambiar sus vidas y sus modos de pensar y de sentir. Hay testimonios escritos de difícil interpretación pero todo el mundo parece admitir que en algunos decenios la población de muchas ciudades y regiones quedó mermada en el 25 y hasta en el 33 o 40 %. Además de quebrantar sus vidas, la peste quebrantó sus economías. Subieron precios y salarios, se abandonaron pueblos y comarcas enteras y los que sobrevivieron tuvieron que aprender a vivir y sentir de otra manera.

Y que conste que yo no creo que esto vaya a ser igual. Fíjate. Algunos pronosticaban hace una semana

que, si no hacemos lo que tenemos que hacer, podría llegar a haber hasta 90.000 muertos en España. Si esto fuera así la tasa de mortalidad solo subiría de 9,9 por 1.000 —en el año 2018— hasta 12 por 1.000 aproximadamente. Nada sustancial desde el punto de vista de la historia. El problema es que nuestro miedo nos llega a hacer pensar que puede tocarnos a nosotros o a alguien cercano. Es entonces, y solo entonces, cuando nos ponemos en guardia. Ese año, el 2018, murieron en España unas 447.000 personas. Imagínate que después de todo esto murieran 20.000 o 30.000 personas, y además con un porcentaje muy alto de octogenarios. Nada grave. Salvo porque puede tocarnos de cerca y nuestro egoísmo y nuestro instinto de supervivencia —lógico— no nos permite asumirlo.

Me he hecho una hoja de cálculo. Mi único propósito al hacerla es adelantarme a la alegría colectiva al imaginar el momento en que esta pesadilla comience a virar y cambiar de signo. Se trata de adivinar cuándo llegará el famoso *pico* del que todo el mundo habla en la televisión.

En esa hoja de cálculo pretendo seguir la evolución de los contagiados, fallecidos, incremento de ambos datos sobre el total y sobre el día anterior y muertos por cada 100.000 habitantes. Y pretendo llevar la evolución de esos datos en España, en Madrid —donde la situación es más preocupante y donde seguirán confinados Tania, David y Otto—, en Cuenca, en Castilla-La Mancha, en Andalucía y en Almería, es decir, en los lugares más importantes en mi vida. ¡Ah! Y en Italia, donde el coronavirus llegó

antes, también las restricciones a la libertad de la gente y donde se supone que podemos ver lo que nos espera.

Por cierto. Ayer volví a mi casa a por el móvil. Aproveché una salida de Lola y la hora a la que supuse que la Guardia Civil haría el cambio de turno —sobre las tres de la tarde— para hacer gala, una vez más, de mi comportamiento *incívico*.

DÍA 11. 25 de marzo.

Contando muertos

En mi obsesión por los cálculos, paso alguna parte del día actualizando datos. Lo vengo haciendo desde el día 15, es decir, desde el primer día de confinamiento. Y voy llegando a algunas conclusiones. Por ejemplo, que la epidemia avanza en España mucho más rápido de lo que lo hizo en China y luego en Italia. Ellos, los italianos, solo han llegado a un incremento máximo diario de muertes del 19,7 % cuando la epidemia ya estaba extendida. Fue el día 21 de marzo. Nosotros, que vamos con seis días de retraso aproximadamente, hemos llegado a un avance del 34,2 % el día 20. En cifras absolutas, ellos tuvieron 475 muertos hace seis días. Nosotros ayer tuvimos más de 500, ¡pero con 46 millones de habitantes! Ellos son más de 60 millones... También recuerdo cómo, sobre mitad de febrero, en los peores momentos para los chinos, llegaban a ciento y pico muertos diarios y 3.000 contagios. Pero ellos serán 1.500 millones aproximadamente.

Puedo asegurarte que no disfruto con este cálculo. Y si lo hago mínimamente es por el ansia que tengo de que los datos mejoren y el famoso pico llegue pronto.

Lo peor es que no sabemos cuándo la curva comenzará a girar. Hasta entonces, estoy seguro de que los muertos diarios serán un auténtico drama. ¿Llegaremos a 800 diarios?, ¿a 1.000? ¿Y durante cuántos días seguirán muriendo en torno a esa cifra una vez que la curva tienda a estabilizarse? Realmente es desolador.

He pronosticado que a partir del sábado o el domingo —28 o 29 de marzo—, el fatídico número de muertos diarios descenderá. Pero me preocupa lo de Italia: ayer, después de dos días consecutivos de bajada, ese número volvió a subir. De todos modos, y hasta ahora, ellos solo han llegado hasta 793 el día 21. Estoy seguro de que nosotros vamos a pasar esa cifra de largo.

Lo peor es que empiezan a morir personas del entorno. El padre de un amigo con el que a veces he cantado —ya sabrás luego lo mucho que me gusta—, Javier Pelayo, murió el sábado pasado. Era mayor, pero es otra vida más que se ha llevado el virus. En Cuenca deben empezar a estar apesta-dos. El hospital seguro que ya no da más de sí. La avalancha les debió llegar en torno al día 16, cuando en Madrid cerraron colegios y universidades y mucha gente pensó que lejos de allí estarían más a salvo. Se esparcieron por toda España y, especialmente, por Castilla-La Mancha. Consecuencia: en esta autonomía los casos se han multiplicado de una forma incontrolada (literalmente; las autoridades no dan datos oficiales de contagiados desde hace varios días).

De lo que pase en Cuenca nos preocupa especialmente la situación de los abuelos —tus bisabuelos, Herminia y Salvador, los padres de tu abuela—. Están en una residencia de mayores y no sabes cómo se está cebando el bicho con los internos de las residencias de mayores. Por su edad y sus patologías. En algunas están casi todos infectados.

Los llevamos allí cuando la convivencia en casa se hizo insoportable después de un año y medio en el que vivieron allí con nosotros. Ya te lo contaré en otra ocasión, porque el tema es largo y lo merece, pero llegamos a una situación en que hubo que elegir entre su bienestar o la salud de tu abuela e incluso nuestra propia supervivencia como matrimonio.

Lo cierto es que en esta residencia están bien y han sabido tomar a tiempo las medidas para evitar que entre el virus. Aunque, si lo consiguen, podría catalogarse casi de milagro porque su propagación parece del todo imparable. Aun así, están esperando el resultado de las pruebas de coronavirus que le hicieron hace cuatro días al abuelo. Sinceramente, creo que las habrán perdido, pero no sé si en estos momentos se puede hablar de mala gestión. Son tiempos de guerra.

A propósito. He pensado en el poco sentido que tiene el presupuesto del Ministerio de Defensa. La gente es pacífica y en la medida que nuestra sociedad esté más educada dejará de aceptar ese ministerio y abogará por otras opciones. Creo que deberían destinar ese presupuesto a las guerras del futuro, que serán bacteriológicas. Después

de esto, a nadie debería quedarle dudas. Esto nos ha pillado tan poco preparados... Y eso a pesar de que durante décadas hemos alardeado de que teníamos uno de los mejores sistemas sanitarios del mundo. Lo cierto es que, a la hora de la verdad, faltan mascarillas, personal, batas, incluso guantes. Los chinos nos hacen donaciones, algunas empresas enfocan su producción a una economía de guerra, muchas personas, altruistamente, trabajan desde casa para elaborar esos pertrechos, solicitamos ayuda incluso a la OTAN... ¡Quién nos lo iba a decir tan solo dos o tres meses antes! Además, si alguien lo hubiera dicho, lo hubiéramos tomado por loco.

DÍA 12. 26 de marzo.

La vida diaria

Dentro de la casa procuramos mantener la actividad en previsión de que esto pueda durar mucho tiempo. Y también en previsión de que pueda pasar algún día y podamos reincorporarnos a nuestra vida normal. No sabes cómo ansiamos que eso llegue.

Una parte muy importante de nuestros quehaceres van destinados a la higiene. Al parecer el bicho se transmite mediante la respiración de las personas contagiadas. Según dicen, puede mantenerse vivo durante algunas horas en ciertas superficies y durante algunos días en otras. Por lo tanto, parece fundamental mantener ciertas normas si queremos tener alguna posibilidad de librarnos. Entre ellas: no tocar nada fuera de casa, salir con mascarilla, no acercarse a nadie, lavarse a menudo las manos y especialmente tras venir de la calle, fregar los suelos diariamente, ducharse tras estar especialmente expuestos —por ejemplo al hacer la compra—, quitarse las zapatillas de calle antes de entrar en casa, etc.

Te aseguro que si el maldito coronavirus entra en nuestra casa es porque realmente se transmite con mucha facilidad. Tu madre y tu abuela se han encargado de limpiar y desinfectar hasta el último rincón de la casa y por mi parte puedo asegurarte que cada vez que saco a Lola, unas cuatro veces diarias, no tengo contacto ni con nada ni con nadie, salvo el necesario para la introducción de la llave en la cerradura. Nuestra mayor duda es cuánto tiempo se mantiene en suspensión —y, por tanto, qué probabilidad hay de cogerlo al salir aunque no te encuentres con nadie— y en qué medida se mantiene vivo en el suelo con el consiguiente riesgo de llevarlo en las suelas hasta la casa. Por esta última observación tengo mucho cuidado de quitarme las zapatillas antes de entrar y tu madre se encarga cada vez de abrirme la puerta y llevarlas hasta el lavadero donde las mantenemos en cuarentena hasta la siguiente vez que tengo que salir.

No te creas que es a lo único que nos dedicamos. Más bien lo nuestro es un no parar. Decimos en broma que estamos agobiados con tanta tarea, pero en realidad no nos aburrimos. Yo me dedico diariamente a tres o cuatro cosas. Cada día leo un poco, no mucho. Ahora mismo estoy leyendo *Cataluña y España*, un libro de Henry Kamen que analiza la difícil relación entre ambos territorios, especialmente a partir de los sucesos de 1714. No sé cómo estará la situación en el momento que tú seas capaz de entenderlo e interpretarlo, pero antes de todo esto el problema político actual consistía en la amenaza de los independentistas catalanes con la

ruptura y la incapacidad de nuestros políticos de dar una respuesta satisfactoria.

Como podrás comprender, otro rato lo dedico a escribir este diario. Ya sé que Ana Frank lo hizo mucho mejor, además de hacerlo antes, pero también es cierto que mi primera pretensión es que lo leas solo tú para que pueda servirte para entender mejor el mundo. Si lo lee alguien más será un añadido, un plus, a la rentabilidad del esfuerzo que me supone escribirlo. Tengo ideas para escribir mucho más de lo que escribo, pero confío en no ser tan pesado como para impedir que termines de leerlo.

También canto. Pertenezco a un grupo, Torcas, y me han mandado tarea para el tiempo que dure el confinamiento. De momento me estoy estudiando «Todo cambia», una canción que yo he escuchado a Mercedes Sosa, de la cual me gusta mucho la fuerza con la que lo canta. Ayer mandé por *whatsapp* a Florencio, el jefe de cuerda de los barítonos, la grabación donde sobre el *midi* de la primera voz agrego mi segunda voz. Por primera vez voy a cantar como solista esa segunda voz. Bueno, o quizás no llegue nunca a cantarla porque, además de todo esto del coronavirus, ya estaba previsto que a partir de septiembre nos viniéramos a vivir aquí a Roquetas para ayudarle a tu madre a cuidarte. No creas que nos importa. Estamos deseosos e ilusionados con poder hacerlo. Incluso emocionados.

Por otra parte, juego al ajedrez. Es mi vicio. Juego más de lo que debería. Es cierto que procuro hacerlo a partir de las cuatro, es decir, cuando tu abuela duerme

en el sofá mientras ve la tele y no obstaculizo la vida en común. Pero se me pasan las horas muertas cuando me pongo. Siempre he pensado que, además de lo que me gusta, es mi antídoto contra el alzhéimer.

Además de eso, saco cuatro veces diarias a Lola. Salgo por la puerta de atrás, la que da a la playa, procurando no pisar donde creo que ha podido pisar otra gente. La suelto un poco, aunque a ella siempre se le queda corto. Está acostumbrada a mucho más. Echará de menos los paseos en Cuenca, cuando todo estaba bien. Allí salíamos mucho y era una perra feliz. Nos acordamos de eso. También ansiamos el momento en que pueda volver a jugar con Otto, su sobrino —le decimos de broma—, el perro de Tania, con el que apenas ha coincidido tres o cuatro días en Pradolongo, el parque de Usera donde viven ellos, además de 15 días en Navidad de los cuales seguramente ambos guardan en alguna parte de su cabeza algunos de los mejores recuerdos de sus vidas. Cuando pienso en mis deseos para el futuro la repetición de esas imágenes ocupa uno de los primeros puestos.

También ocupo parte de mi tiempo —poco— en jugar con Lola en casa. Nos ha enseñado Tania un juego que consiste en esconderle premios para que ella los busque, pero la verdad es que siempre ha preferido cazar lo cazado, sabe que se los voy a dar de todos modos y, por tanto, se esfuerza poco.

Veo la televisión sobre la una y media —me gusta el programa de Ferreras *Al Rojo Vivo*—, alguna serie sobre las seis y alguna otra que vemos juntos por la noche. Lle-

vo la contabilidad de los muertos en mi tabla Excel por la que sé que los italianos nos llevan seis días de ventaja, que, si se confirma, hoy ellos habrán tocado el pico en cuanto al número de muertos diario.

Si no he andado suficiente, camino dentro de casa hasta acercarme a los 8.000 pasos que me he marcado como meta y que mido cada día con una pulsera que me regaló tu madre el día de mi cumpleaños.

No te vayas a pensar que tu madre y tu abuela se aburren más que yo. Por resumir, enumero rápidamente a lo que ellas se dedican. Ambas hacen la comida —son muy buenas cocineras—, limpian la casa, lavan, tienden, ordenan la ropa... Tienes que entender que ahora eso se haga más a menudo y con más profundidad. Por evitar riesgos. Además, tu abuela cose. Lo hace muy bien, o mejor, es una auténtica experta. Durante todo el invierno te ha estado preparando la ropa, para la cuna, para el capazo y para otras cosas que yo ni siquiera sé lo que son ni para lo que sirven. También te ha estado haciendo vestidos, un gorro y otras cosas, te ha comprado pijamas y algunas que yo ni sé. Tiene mucha ilusión. Lleva todo el invierno comprando telas en el rastrillo y luego cosiendo para ti. En estos momentos ya no tiene tela, pero acabamos de llamar a una asociación de voluntarios para coser mascarillas si consiguen enviarle el material.

Las dos hacen pilates una hora diaria aproximadamente, aunque del deporte te informaré en otro momento.

Por otra parte, tu madre tiene que seguir dando clase. A ello se dedica a partir de las cuatro de la tarde aproxi-

madamente. Lo hace de manera virtual, como es obligatorio. Dice que tiene ahora más trabajo que de costumbre. Sobre todo tiene que ver a los alumnos en video —a los mayores en directo—, corregir errores de posición, de afinación o de cualquier otra cosa y mandarles tarea con lo que tienen que tocar durante la semana.

Un inciso: he actualizado datos y por primera vez son mejores que el día anterior, excepto en Castilla-La Mancha, cuyo porcentaje de infectados se sitúa ya solo dos días y medio por detrás de los de Madrid y cuatro días respecto a los fallecidos. Por supuesto el aumento en las cifras respecto a los muertos llega después del de las cifras de los contagiados. En todo caso hay un hilo para la esperanza.

DÍA 13. 27 de marzo.

Mens sana in corpore sane

Nos hemos planteado la necesidad de movernos para mantenernos en forma a la espera de que todo vuelva a ser como antes. Tu madre es la que más se mueve. Pretende hacer 11.000 pasos al día, por ella y por ti. Y lo hace. Yo solo hago unos 8.000, cosa que sé por la pulsera que te dije que me regalaron. Tampoco quiero moverme más. Me preocupa más lo de tu abuela, que apenas se mueve más allá de lo necesario para limpiar, hacer la comida e ir de un sitio a otro de la casa para las cosas que son habituales, además de la hora de pilates diaria que hacen juntas. Y es que tiene artromialgias. Su dolor no es agudo, pero es persistente. Dice que dar vueltas alrededor de la casa la marea. Y lo comprendo, porque eso marea a cualquiera.

En los buenos tiempos, hasta hace apenas tres semanas, tu abuela iba a clases presenciales de pilates dos veces por semana y después de comer nos dábamos un paseo de tres o cuatro kilómetros. Así ella estaba bien. Se cansaba, pero sabíamos lo bien que le venía.

Para caminar por la casa, hacemos un recorrido fijo con dos variantes. Desde la terraza se accede al comedor y desde ahí a la segunda habitación, la cual tiene otra puerta que comunica también con la terraza. Total, 38 pasos, unos 30 metros aproximadamente. En la segunda variante desde el comedor accedemos a la cocina para después reincorporarnos a la primera variante. Esta vez son 46 pasos.

Procuramos acomodar a Lola a nuestras vueltas. Para ello, cogemos una pelota de tenis como las que le tirábamos en la playa antes de todo esto para que corriera. Le gustan mucho. Bueno, pues de este modo conseguimos que nos siga. Caminando e incluso corriendo. Cuando se para, simulamos que se nos ha caído, la coge y corre en sentido contrario y entonces somos nosotros los que la perseguimos a ella. Se trata de que juegue y además de que se mueva, que está muy gorda y esto puede durar mucho.

Otras veces jugamos a pasarle la pelota en el suelo. Ella se tumba, se la pasamos con el pie, la coge con la boca y, con suerte, nos la devuelve con su pata. Otras veces al cogerla se tumba boca arriba y con sus patas delanteras levanta la pelota mientras le contamos. Uno..., dos..., tres... A veces llega hasta siete u ocho. Está acostumbrada a eso desde pequeña. Decimos que se sabe los números y los días de la semana y que es más lista que nosotros.

Además, tu madre se ha inventado un deporte nuevo. En nuestro afán por buscar algún motivo para reírnos,

lo hemos bautizado como *escaloning*. Consiste en subir y bajar insistentemente el escalón que hay en la terraza para acceder al comedor. Se pasa ahí aproximadamente entre una y dos horas al día.

No sé hasta qué punto se va a alterar todo esto desde mañana. Tu abuela se ha apuntado a una asociación de voluntarios —voluntarias, seguramente— que va a coser pertrechos de guerra —me gusta llamarlos así—. Entre otras cosas, van a coser mascarillas, guantes y batas. Ella coserá mascarillas. Se comunican por WhatsApp y tienen su punto de recogida en las farmacias.

Precisamente esta mañana ha ido a recoger su primer paquete. Para ello se ha colocado su mascarilla y, además de otras precauciones, se ha duchado a la vuelta. No por placer, sino por miedo.

Cuando ha llegado hemos llevado el carro de la compra en el que venía el material para elaborar las mascarillas al lavadero. Estará allí confinado un día. Calculamos que si llegó ayer sobre las siete de la tarde a la farmacia —por ejemplo— y no lo manipulamos hasta mañana por la mañana, habrán pasado un mínimo de 38 o 40 horas. Suponemos que incluso con nuestro miedo es un tiempo razonable para que muera el virus si es que el paquete hubiera llegado contagiado.

Allí, en el lavadero, hemos habilitado un sitio para la cuarentena de todo lo que nos llega. Bueno, en realidad tenemos dos sitios preparados para ese fin. El primero está en el garaje, en la planta menos dos. Allí tenemos *confinados* todos los bultos que nos han llegado los últimos

días por Amazon y que hemos pedido con tiempo en previsión de que luego, cuando se acerque tu nacimiento, haya más problemas. Entre otras cosas tenemos allí tu cuna, la silla para el coche, la bañera, la trona y algún bulto más de cuyo contenido ni siquiera tu madre está segura. No importa, no los vamos a abrir de momento.

También allí tenemos una buena parte de la última compra que hizo tu abuela el martes. Se fue sola y trajo el coche hasta los topes para intentar ir el menor número de veces posible para evitar riesgos. Dejamos en las estanterías cervezas, leche, productos de limpieza, papel higiénico, naranjas y algunas cosas más.

Pretendemos dejarlas allí el tiempo que podamos e ir subiendo las cosas que vayamos necesitando para que continúen su cuarentena en el segundo lugar algún día más y creemos que estarán listas para consumir sin riesgo. Pero el asunto de las mascarillas lo consideramos urgente, así es que asumiremos que 40 horas son suficientes. Es un riesgo que no nos queda más remedio que asumir.

Hemos acordado que las haremos mañana, sábado. Por supuesto las hará tu abuela, que es la que se ha comprometido, aunque estoy seguro de que tu madre le ayudará todo lo que pueda y yo también, si es que soy capaz de hacer algo útil.